

nes, sin diplomas, y orientada en todas direcciones. Somos enemigos de toda *polarización* escolar, cualesquiera que sean su nombre y su forma.

El estudio de las lenguas y el de las matemáticas nos parecen constituir el objeto capital de la 1ª y de la 2ª enseñanza.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

Fragmento

Pobrísimos habrán de ser profesores, naturalistas, médicos, farmacéuticos, etc., para quienes sea empresa imposible costear y sostener un centro privado de estudios experimentales. Con las modestas economías del haber de un catedrático de provincias, y sin más ingresos extraordinarios que algunas lecciones particulares, hubimos nosotros de crear y mantener durante quince años, un laboratorio micrográfico y una modesta biblioteca de Revistas. Nuestro primer microscopio, un Verik estimable, fué adquirido a plazos. Y el caso no es excepcional. Lo corriente es inaugurar la propia obra con penuria de medios, pero con medios propios, que precisamente por serlo resultan singularmente educadores y fecundos. Notorio es que la mayoría de los descubrimientos fisiológicos, histológicos y bacteriológicos, etc., fueron obra de jóvenes entusiastas, sin nombre y sin fortuna, que trabajaron en buhardillas o graneros. El laboratorio oficial, cómodo y lujoso, llegó más adelante como galardón del éxito científico. A docenas podrían citarse ejemplos clásicos de modestos comienzos. Faraday, aprendiz de encuadernador, llevado de su entusiasmo científico, asentó de mozo o de mecánico en el laboratorio de Davy, alejado del cual, y sin haber seguido carrera alguna, montó un centro de investigaciones, del que brotaron admirables conquistas

renovadoras de la ciencia de la electricidad. El gran Berzelius hizo sus descubrimientos químicos en el obrador de su botica. Lalande y buena parte de los astrónomos de genio, exploraron el cielo desde la azotea de sus casas, armados de modestos anteojos.

Lo excepcional es que, en lujosos y bien provistos laboratorios sostenidos por el Estado, un novel investigador logre estrenarse con memorable hazaña científica. Desde el punto de vista del éxito, lo costoso, lo que pide tiempo, brío y paciencia, no son los instrumentos, sino, según dejamos dicho, desarrollar y madurar una aptitud. A lo más, la penuria económica nos condenará a limitar nuestras iniciativas, circunscribir el marco de la indagación. Pero, ¿no es esto una ventaja?

Nuestros maestros serán los libros, mentores sabios, serenos, sin eclipses ni mal humor. Con ellos daremos cima al empeño soberano, que consiste, antes de descubrir, en descubrirnos; antes de modelar la naturaleza, en modelarnos. Forjarnos un cerebro fuerte, un cerebro original: he ahí la labor preliminar, absolutamente inaplazable. Y luego, llegada la madurez técnica, ¡qué holguras y facilidades para la indagación personal! ¡Oh soledad confortadora, cuán propicia eres a la originalidad del pensamiento! ¡Cuán dulces y fecundas las invernales veladas pasadas en el *hogar-laboratorio*, durante las cuales los Centros docentes rechazan a sus devotos! Ellas nos libran de fatales improvisaciones, doman nuestra impaciencia, refinan la capacidad de observación, desarrollan el espíritu crítico y abaten el vuelo de la fantasía especulativa. ¡Con qué cariño cuidamos de esos instrumentos propios, cada uno de los cuales representa una vanidad negada o un vicio insatisfecho! ¡En nuestro amor hacia ellos, aprendemos a conocer sus excelencias, notamos sus defectos, esquivamos sus lazos, penetramos, en fin, en su alma amiga, que responde siempre, sumisa y simpáticamente, a los requerimientos de la nuestra!

RAMÓN Y CAJAL

Compre la revista para niños MIS APUNTES